

como él en los brazos de María, y auxiliado por el Sacerdote más celoso, santo y misericordioso, que es Jesús. Así murió San José. Así le quiso premiar Jesús todos sus desvelos, todos sus sacrificios, toda su vida de silencio y de humildad, toda su dedicación; así le quiso premiar, asistiéndole amorosamente, bendiciendo y recibiendo su alma para llevarla al Cielo.

Seamos muy devotos de San José. Pidámosle una santa muerte, que es lo más importante de nuestra vida. Porque ¿de qué nos serviría en esta vida tener muchos títulos, haber triunfado en muchas cosas, aun en el aspecto espiritual, si luego morimos en pecado mortal? «¿De qué le sirve al hombre –nos dice Jesús– ganar el mundo entero, si pierde su alma?». Por eso hemos de preparar la muerte, la buena muerte, con una santa vida, y pedirselo a San José, que nos la concederá con toda seguridad. ¡San José, alcánzanos una buena muerte!

Causó muy grande impresión el siguiente hecho histórico. A un sacerdote le llaman por teléfono: –«¿Es usted el Padre tal?» –«Sí». –«Venga lo más pronto posible a dar los últimos sacramentos». –«¿Dónde?» –«Apúntese la dirección: tal barrio, tal calle y número». –«¿Tienen teléfono?» –«Sí». Y se lo dan. Y añade el sacerdote: –«Voy rápidamente». Pero antes de ir, el sacerdote, muy prudentemente, llama a ese teléfono para cerciorarse de la anterior llamada, y le vuelven a contestar: –«Sí, sí, es aquí, venga pronto». Se va, y después de mucho buscar encuentra la casa, mejor dicho una choza muy pobre. Entra y se encuentra con un anciano grave que, al verlo, le dice: –«¡Oh Padre, qué alegría; ya sabía yo que San José no me fallaría!» –«Sí –dijo el sacerdote–, he tardado un poco, pero he venido rápidamente después de haberme llamado ustedes; pero ¡es tan difícil encontrar este lugar! Disculpe que haya tardado». –«¡Oh no, nosotros no le hemos llamado; somos muy pobres y ni siquiera tenemos teléfono». –«Pues ¿quién me ha llamado? ¿Un familiar, algún vecino...?» –«No Padre, aquí sólo está mi hija que me cuida, y nadie tiene teléfono». –«¡Ah! entonces me habré equivocado». –«No, no se ha equivocado, pues yo quería recibir los sacramentos». Le dio los sacramentos, y se fue pensando: «No entiendo nada». Llega a su casa y vuelve a llamar al mismo teléfono. No contesta nadie, y el sacerdote empieza ya a ponerse nervioso, y decide averiguarlo yendo a la Central telefónica. Allí pregunta a qué abonado corresponde ese teléfono que le habían dado. Miran y... ¡no existe tal número! –«Oiga –añade el Sacerdote–, ¿cómo es posible, si yo he hablado hace un rato con alguien?» –«No, no, ese teléfono nunca ha existido». –«¡Dios mío, si he estado hablando con San José...!» ¡Pues sí, realmente histórico...!

San José no falla. Al que es devoto suyo no le dejará morir en pecado mortal, y recibirá a tiempo todos los sacramentos.

Por eso, seamos muy devotos de San José, y hagamos en este día, en esta fiesta de San José, el firme propósito de imitar y de encomendarnos a diario al glorioso San José. Que San José desde el Cielo, como Patrón nuestro que es, nos bendiga y nos ayude a todos... Y a San José, Patrono de las vocaciones, pidámosle que aumente las vocaciones al sacerdocio y a la vida religiosa. Así sea.

Cinco excelencias de San José

¿Quién podrá cantar las glorias y excelencias del glorioso San José, quién sabrá ensalzar la dignidad de este Santo que sobrepuja a todos los santos del Antiguo y Nuevo Testamento, exceptuada su Esposa Santísima, la Madre de Jesús? Tiene este santo Patriarca tantos títulos, que se necesitarían días y días para poder explicar su encumbrada dignidad. En las Letanias de San José, por ejemplo, ¡qué hermosos títulos le aplica la Santa Iglesia! *Esposo de vírgenes, Luz de los Patriarcas, Terror de los demonios*, etc. Vamos aquí a explicar tan sólo cinco de sus muchos títulos.

1º Varón justo.

El Santo Evangelio llama a San José «*vir justus*», **varón justo**. ¿Qué significa *justo*? En el lenguaje bíblico significa *santo, perfecto*. Porque ¿qué es ser justo? Es dar a cada cual lo suyo. Y San José dio a Dios lo que le pertenece, al prójimo lo que le pertenece, y a sí mismo lo que le pertenecía...

Fue justo con Dios, porque cumplió esmeradamente los tres deberes que el hombre tiene hacia El: alabar, hacer reverencia y servir a Dios. Esto es lo que hizo San José: alabar a Dios como buen israelita; hacerle reverencia, dando a su Hijo Jesús, que era Dios, el culto que le debía; y someterse a su voluntad cumpliendo exactamente, con gran respeto y sumo amor, todas las decisiones que Dios le manifestaba. Fue siempre obediente, siendo fiel a Dios toda su vida, no como nosotros, que sólo damos a Dios trozos, partes, unos días...

Fue justo con el prójimo, sobre todo con su Esposa y con Jesús, porque practicó la caridad perfecta, dándoles lo que les pertenecía, trabajando, sudando, ofreciendo su vida por Ellos, entregándose totalmente por Ellos; jamás les causó un disgusto, jamás les negó lo que le pedían; con ellos practicó en grado perfecto y heroico la caridad y la bondad. ¡Con qué delicadeza trataba a María Santísima, con qué respeto y amor trataba a Jesús!

Y fue justo consigo mismo. ¿Qué se dio San José a sí mismo? ¿Qué se debía a sí mismo? Pues la humildad: es el santo de la humildad, del silencio. En frase de Santa Teresa, diríamos que «anduvo en la verdad», y por eso vivió la vida que el Señor le había destinado en humildad. De San José no ha llegado hasta nosotros ni una sola palabra. ¡Qué silencio tan elocuente! Tal era la voluntad de Dios, y San José la aceptó, no a regañadientes, a la fuerza o con disgusto, sino contentísimo. ¿Qué quería él sino vivir una vida humilde, desaparecer? Su misión era la de ser custodio de María

y padre nutricio de Jesús, y una vez cumplida esta misión desapareció, murió, y no sabemos nada más de él.

¡Oh, la humildad de San José! Esta humildad la prolongó después en la Santa Iglesia, de tal manera que, en los primeros siglos, apenas hay una devoción externa en su honor. El culto al santo Patriarca ha ido creciendo como el sol que, cuando sale, es una aurora, apenas un resplandor, hasta llegar al mediodía, en que se muestra tan resplandeciente que no se le puede mirar. Así ha ocurrido con San José. Y una de las que más contribuyó a extender este culto en la Iglesia fue Santa Teresa de Jesús. Fue ella muy devota de San José, hablando a todos de su devoción, que recomendaba con aquella frase escrita en su vida: «Yo no sé que me haya negado nada de cuanto le he pedido... Haced vosotros la prueba, pedidle, y veréis qué poder tan grande tiene». Y, efectivamente, el pueblo cristiano, el pueblo sencillo, hizo la prueba y acudía al santo, y así se fue extendiendo cada vez más la devoción a él, y empezó la Iglesia a estudiarle con sus teólogos, los santos dándole a conocer; y vinieron los milagros, los favores y beneficios... y hoy día San José está como un sol, iluminando y alumbrando toda la historia de la Iglesia.

2º Esposo de María.

El segundo título de gloria de San José es ser el **Esposo de María**. «No temas –le dice el ángel– recibir en tu casa a tu Esposa». Fue esposo, porque entre José y María hubo verdadero matrimonio, y por lo tanto María pasó a pertenecer a José. Los esposos, cuando se casan delante de Dios, se entregan mutuamente sus vidas; así también María y José se entregaron mutuamente sus vidas. Y como explica San Pablo, el marido es el dueño de la esposa, y ella es la dueña del marido. Los dos forman una sola alma. San José, pues, fue el verdadero Esposo de María. ¿Queréis título más grande que ser Esposo de la Madre de Dios, que es la criatura más santa, más pura y más perfecta que haya salido de las manos de Dios?

Y ¿por qué Dios hizo esto? Para que José fuera el encargado de custodiar la pureza y virginidad de su Esposa. Y cuando San José supo que María había hecho voto de virginidad perpetua, consagrándose totalmente a Dios, lejos de oponerse a ello, lo aprobó, y él mismo emitió el mismo voto de castidad para vivir como su Esposa, casto, puro, ofreciendo a Dios su cuerpo y su alma.

San José es, pues, el Esposo purísimo de María. ¡Cuánto le amaría la Virgen, viendo en él al ángel que Dios le había dado para guardarla del demonio y de los hombres! Y San José, durante toda su vida, estuvo siempre con María en Nazaret, trabajando, gastando su vida para cuidar, alimentar y proveer de todo lo necesario a Jesús y a María.

3º Padre legal de Jesús.

El tercer título de San José es el de **Padre legal de Jesús**. ¿Qué significa eso? Es mucho más que ser padre adoptivo. Padre adoptivo es aquel que recibe a un niño que no tiene padre, y lo incluye en su familia dándole su nombre, su afecto, su herencia, su casa... Pero aquí San José es mucho más que padre adoptivo, pre-

cisamente por ser verdadero Esposo de María, y por pertenecerle a él, a título de tal, el fruto de María, que es Jesús. Y es verdadero padre (*padre legal*, claro está, no *padre natural*, pero verdadero padre) ante Dios y ante la Ley (por eso se le llama *legal*); pues si María le pertenecía con toda propiedad, también le había de pertenecer Jesús.

Si tú tienes un campo en propiedad, y un día viene un pajarito del cielo y deja caer allí una semilla, y de ésta brota un árbol, ¿a quién pertenece este árbol? Pues a ti, porque el campo es tuyo. Así María pertenecía a José, y un día el Espíritu Santo desde el Cielo dejó caer una Semilla, el Verbo de Dios, que se encarnó en las entrañas purísimas de María. ¿A quién pertenece esta Semilla? Pues a San José, que es el propietario de este campo. Y por esto es verdadero padre de Jesús. Jesús mismo y la Santísima Virgen así lo llamaban. Cuando, en el encuentro en el Templo, María se dirige a Jesús, le dice: «Hijo ¿por qué has hecho esto? Mira que tu padre y yo, afligidos, te andábamos buscando». «¡Tu padre y yo!»... ¡Oh, qué dulce sería para San José oír a Jesús llamarle padre, y sentirse amado de El como un padre! ¡Qué dignidad, pues, tan grande, ser padre de Jesús! ¿Qué hombre, qué santo podrá decir a Jesús: Soy tu padre? ¡Ninguno! ¡Sólo San José!

4º Patrono de la Iglesia universal.

El cuarto título es el de **Patrono de la Iglesia**. Por eso la fiesta de San José es tan grande en la Iglesia Católica. Patrono lo ha hecho la Santa Iglesia, es decir, *patrocinador*, el que cuida de la Iglesia como cuidó un día de Jesús. ¡Claro! Si cuidó de Jesús, ¿no habría de cuidar de su Cuerpo místico, que es la prolongación de Jesús? San José es, pues, el Patrono principal que la Iglesia ha puesto ante el Trono de Dios para interceder por todos nosotros. ¡Es nuestro santo Patrono! Pues todos nosotros somos católicos, todos pertenecemos a la Iglesia Católica.

Y es también Patrono de la vocación religiosa. El custodio de la Virgen Santísima es el custodio de los que se consagran a Dios, de todas las almas consagradas. Y por eso, los Hermanos y las Hermanas han de ver en San José a su Patrono especial. Podríamos llamar a San José «Patrono de los Hermanos». San José no fue sacerdote, como tampoco lo son los Hermanos, sino almas consagradas a Dios. San José se dedicó a los trabajos materiales, trabajos duros, como carpintero y los demás trabajos de la casa. También los Hermanos hacen eso. Son los que ayudan, los que trabajan y se fatigan con las cosas materiales.

San José es también Maestro de oración, porque aprendió a orar de Jesús y de María. Los Hermanos llevan una vida de oración, una vida espiritual, pues se han consagrado a Dios para ser santos buscando la perfección. Han de santificarse, por lo tanto, imitando a San José; él debe ser el espejo en que se miren todos los días, imitando sus virtudes, su amor a Jesús y a María, su espíritu de sacrificio, su trabajo...

5º Patrono de la buena muerte.

Por último, San José es el **Patrono de la buena muerte**. Y esto porque él tuvo la mejor muerte que jamás podrá tener nadie más, pues nadie podrá morir